

Polonia traicionada

Por resuelto que estuviese Adolf Hitler a hacer la guerra, su invasión de Polonia, ocurrida en 1939, no precipitó el conflicto mundial en mayor grado que lo hizo en 1914 el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria. El Reino Unido y Francia carecían de la voluntad y los medios necesarios para emprender acciones efectivas con las que cumplir las garantías de seguridad que habían brindado al pueblo polaco. Las declaraciones de guerra que hicieron contra Alemania no pasaron de un gesto que se consideró, aun entre los enemigos más acérrimos del fascismo, insensato por lo que tenía de vano. Para todas las naciones beligerantes, excepción hecha de la propia Polonia, la lucha se desarrolló con gran lentitud en un primer momento. Hubo que esperar al tercer año para que la muerte y la destrucción alcanzasen la gravedad que iban a mantener hasta 1945. Ni siquiera el Tercer Reich estaba pertrechado, a la sazón, para generar la intensa violencia que requería una lucha cuerpo a cuerpo entre las naciones más poderosas de la Tierra.

Durante el verano de 1939 creció en Polonia de forma considerable la popularidad de *Lo que el viento se llevó*, novela de Margaret Mitchell sobre el viejo Sur de Estados Unidos. «De algún modo, la tuve por una obra profética», escribió Rulka Langer, una de sus lectoras polacas.¹ Pocos de sus compatriotas dudaban de la inminencia de un enfrentamiento con Alemania, toda vez que Hitler había hecho patentes sus ansias de conquista. Aquel pueblo de tenaz espíritu nacionalista respondió a la amenaza nazi con el mismo brío que desplegaron los jóvenes confederados, condenados al fracaso, en 1861. «Yo creía, como casi todos, en los finales felices —recordaría más tarde un piloto de caza de poca edad—. Queríamos combatir; la idea nos enardecía, y queríamos que ocurriese cuanto antes. Ni se nos pasaba por la cabeza que pudiese suceder nada malo.»² Cuando el teniente de artillería Jan Karski recibió la orden de movilización el 24 de agosto, su hermana le cuestionó por llevar tanto equipaje

diciéndole: «No te vas a ir a Siberia. Te tendremos aquí de vuelta en menos de un mes».³

Los polacos dieron buena muestra de su propensión a la fantasía. La euforia presidía las conversaciones en los cafés y las tabernas de Varsovia, ciudad cuya hermosura barroca y sus veinticinco teatros llevaban a sus habitantes a llamarla «el París de la Europa oriental». Cierta periodista de *The New York Times* escribió lo siguiente desde la capital polaca: «Oyendo hablar a las gentes de aquí se diría que el coloso industrial era Polonia más que Alemania».⁴ El conde Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, advirtió al embajador en Roma de que su nación se encontraría luchando en solitario y no tardaría en «quedar reducida a un montón de cascotes» si no accedía a las reclamaciones territoriales de Hitler, y el legado, sin disentir, aseguró al descuido que «una posible victoria ... podría fortalecer a Polonia».⁵ En el Reino Unido, los periódicos de lord Beaverbrook tildaron de provocadora la actitud desafiante del país ante las amenazas de Hitler.

Las fronteras de aquel pueblo de treinta millones de habitantes —entre quienes se incluía punto menos de un millón de personas de procedencia alemana, cinco de ucranianos y tres de judíos— habían sido delineadas una veintena de años antes por el tratado de Versalles. Entre 1919 y 1921, Polonia luchó contra los bolcheviques para hacer valer su independencia de la antigua hegemonía rusa. Llegado 1939, la nación estaba gobernada por una junta militar, aunque el historiador Norman Davies ha manifestado lo siguiente: «Si bien es cierto que existían privaciones e injusticias en Polonia, no puede hablarse de las hambrunas o las matanzas multitudinarias que se daban en la Unión Soviética, ni tampoco de los métodos brutales a los que recurrían el fascismo y el estalinismo».⁶ La manifestación más repugnante del nacionalismo polaco fue el antisemitismo, tal como ilustra, por ejemplo, la introducción de cupos máximos de judíos en las universidades.

A ojos tanto de Berlín como de Moscú, el estado Polaco debía su existencia, sin más, a causas de *fuera mayor* provocadas por los Aliados en 1919, y carecía, por lo tanto, de legitimidad. Hitler y Stalin, en consecuencia, acordaron su reparto y disolución en un protocolo secreto del pacto firmado por nazis y soviéticos el 23 de agosto de 1939. Aunque las gentes de Polonia tenían a la Unión Soviética por enemiga histórica, desconocían sus intenciones y estaban resueltas a frustrar las de Alemania. Sabían que nada podía hacer su mal equipado ejército por derrotar a la Wehrmacht, y cifraban su esperanza en que británicos y franceses fragmentaran las fuerzas alemanas mediante una ofensiva desde el oeste. «Dada la pésima situación militar de Polonia —escribió el conde Edward Raczynski, embajador en Londres—, mi mayor preocupación ha sido la de asegurarme de que no entraremos en guerra con Alemania sin recibir la ayuda inmediata de nuestros aliados.»⁷

En marzo de 1939, los gobiernos del Reino Unido y Francia habían acep-

tado, y formalizado en sendos tratados, el compromiso de intervenir en el supuesto de que se produjera una agresión por parte de Alemania. De ocurrir lo peor, Francia prometió al mando militar de Varsovia que atacaría la Línea Sigfrido de Hitler antes de que transcurrieran trece días desde la movilización, y el Reino Unido, que emprendería una ofensiva inmediata con bombarderos sobre Alemania. Las garantías de ambas potencias estaban teñidas de cinismo, dado que ninguna de las dos albergaba la menor intención de cumplirlas: lo que pretendían era disuadir a Hitler más que brindar asistencia militar a Polonia. Fueron, por ende, gestos insustanciales que los polacos, sin embargo, optaron por creer.

Por más que Stalin no entrase en la guerra de la mano de Hitler, el pacto que había firmado con Berlín lo convertía en beneficiario de la agresión nazi. Desde el 23 de agosto, el mundo entendió que Alemania y la Unión Soviética estaban actuando en concierto, como dos rostros gemelos del totalitarismo. Habida cuenta de que, en 1945, año en que acabó aquel conflicto mundial, esta última nación figuraba en el campo aliado, no faltan historiadores que hayan aceptado la imagen que quiso dar de sí misma tras la guerra, haciendo ver que fue neutral hasta 1941. Nada está más lejos de la verdad: si bien Stalin temía a Hitler y suponía que, al cabo, habría de enfrentarse a él, en 1939 tomó la decisión histórica de dar su aquiescencia a la agresión alemana, a cambio del apoyo nazi al programa de ampliación territorial concebido por Moscú. Fueran cuales fueren las excusas que pudiese ofrecer con posterioridad el dirigente soviético, y por más que sus fuerzas no llegaran a combatir jamás junto con las de la Wehrmacht, el acuerdo que firmaron ambas naciones da fe de la colaboración que mantuvieron ambas potencias hasta que Hitler reveló sus verdaderas intenciones durante la Operación Barbarroja.

El pacto de no agresión, junto con el tratado de amistad, cooperación y demarcación que firmarían el 28 de septiembre, comprometió a los dos mayores tiranos del planeta a respaldar sus ambiciones mutuas y renunciar a hostilidades entre ellos en favor del engrandecimiento de sus respectivas fronteras. Stalin consintió las acciones expansionistas emprendidas por Hitler en Occidente y le ofreció una ayuda material nada desdeñable en forma de petróleo, cereales y productos minerales. Los nazis, aun de modo poco sincero, se ofrecieron a permitir que se anexionara los territorios que pretendía conquistar en el este, y entre los que se incluían la región oriental de Finlandia, los estados bálticos y una porción considerable del cadáver de Polonia.

Hitler tenía la intención de dar comienzo a la segunda guerra mundial el 26 de agosto, tres días después de la firma del pacto con la Unión Soviética. Sin embargo, el día 25, decidió dar órdenes de proseguir la movilización pero dilató la invasión de Polonia ante el mazazo que le supuso el descubrimiento de que Mussolini no tenía intención de combatir de inmediato a su lado y de que el Reino Unido y Francia parecían dispuestas a respetar las garantías que ha-

bían ofrecido a Varsovia. Tres millones de soldados, cuatrocientos mil caballos, doscientos mil vehículos y cinco mil trenes avanzaron, pues, hacia la frontera polaca mientras se producía un último aluvión de comunicaciones diplomáticas sin efecto. Hitler dio al fin la orden de atacar el 30 de agosto. A las ocho de la tarde del día siguiente, se puso por obra el primer acto del conflicto, cuyo carácter sórdido marcaría su tono general. Alfred Naujocks, *Sturm-bannführer* del SD alemán, el servicio secreto de la SS, acaudilló a una facción vestida con uniforme polaco y compuesta, entre otros, por una docena de criminales convictos a los que habían aplicado el calificativo desdeñoso de *Konserven*, «latas de conserva», y efectuó un asalto fingido a la emisora de radio alemana de Gleiwitz (hoy Gliwice), en la Alta Silesia. Tras efectuar algunos disparos y transmitir una serie de lemas patrióticos polacos, los «atacantes» se retiraron. Entonces, los de la SS ametrallaron a los *Konserven* y dispusieron sus cadáveres ensangrentados de tal modo que los corresponsales extranjeros los tomaran por prueba incontestable de la agresión polaca.

A las dos de la mañana del primero de septiembre, el I.^{er} regimiento montado de la Wehrmacht se contaba entre las varias veintenas de unidades a las que despertó y sacó de sus vivaques el toque de clarín —tanto Alemania como Polonia llevaron cabalgaduras al campo de batalla—. Los escuadrones ensillaron a sus caballos, los montaron y se pusieron en marcha en dirección a la línea de partida junto con estruendosas columnas de vehículos blindados, camiones y cañones. «¡Retiren tapabocas! —fue la orden que se oyó a continuación—. ¡Carguen! ¡Coloquen los seguros!» A las cinco menos veinte de la mañana, los colosales cañones del viejo acorazado alemán *Schleswig-Holstein*, anclado en el puerto de Dánzig, que estaba visitando en señal de «buena voluntad», hizo fuego sobre la fortificación polaca de Westerplatte. Una hora más tarde, los soldados alemanes derribaron los postes que marcaban la frontera occidental y dieron paso a la vanguardia de la fuerza de invasión. Uno de sus comandantes, el general Heinz Guderian, se vería en breve atravesando la hacienda de Chełmno que había pertenecido a su familia desde tiempo inmemorial y en la que había nacido él mismo cuando la ciudad pertenecía a la Alemania anterior al tratado de Versalles. Wilhelm Pruller, teniente de veintitrés años que marchaba entre sus tropas, expresó con estas palabras el ardor que imperaba en todo el ejército: «La de ser alemán constituye, en este momento, una sensación maravillosa ... Hemos cruzado la frontera. *Deutschland, Deutschland über alles!* ¡La Wehrmacht alemana avanza! Miremos donde miremos: atrás, adelante, a la izquierda o a la derecha, topamos con unidades motorizadas de nuestras fuerzas armadas».⁸

Los Aliados occidentales, alentados por el conocimiento de que Polonia se preciaba de poseer el cuarto ejército de Europa en tamaño, supusieron que el enfrentamiento duraría unos meses. Los defensores instalaron 1,3 millones de soldados para hacer frente al millón y medio de alemanes. Aunque unos y otros disponían de treinta y siete divisiones, los segundos estaban mucho mejor

equipados, pues disponían de 3.600 vehículos blindados ante los 750 de aquéllos, y de 1.929 aeroplanos modernos ante 900 anticuados. El ejército polaco había ido tomando posiciones desde el mes de marzo, pero había omitido, en respuesta a las peticiones de británicos y franceses, emprender una movilización completa por no provocar a Hitler. En consecuencia, la acción del primero de septiembre lo cogió por sorpresa. «Compartían la misma voluntad de resistir —escribió cierto diplomático de Polonia acerca de la disposición de su pueblo—, aunque no se oía nada concreto acerca de qué clase de resistencia debían ofrecer, aparte de la palabrería de los que hablaban de prestarse a hacer de “torpedo humano”.»⁹

Ephrahim Bleichman, judío de dieciséis años que residía en Kamionka, era uno de los miles de habitantes que se congregaron en la plaza de su población para oír hablar al alcalde. «Cantamos un himno que declaraba que Polonia aún no estaba perdida, y otro que juraba que ningún alemán iba a escupirnos a la cara.»¹⁰ Piotr Tarczyński, empleado de fábrica de veintiséis años, llevaba enfermo unas semanas cuando lo llamaron a filas; pero cuando informó de su situación al oficial al mando de la batería de artillería que le habían asignado, el coronel le respondió con un enérgico discurso patriótico, «y me dijo —recordaba— que una vez que estuviese en la silla me encontraría mucho mejor».¹¹ Los pertrechos escaseaban en tal grado que ni siquiera le dieron arma propia, aunque sí la montura reglamentaria: un caballo de grandes dimensiones llamado *Wojak* («Guerrero»).

Witold Urbanowicz, instructor aeronáutico, se hallaba haciendo un simulacro de combate con uno de sus alumnos sobre el cielo de Dęblin cuando descubrió, desconcertado, que las alas de su aparato estaban hechas un colador. Corrió a aterrizar, y una vez en la pista, vio a un oficial que iba a su encuentro a la carrera, preguntándole a gritos:

—¿Estás bien, Witold? ¿No te han dado?

Él quiso saber:

—¿Qué demonio está pasando?

—Yo que tú me metía en la iglesia y encendía una vela —respondió su camarada—. ¡Te acaba de atacar un Messerschmitt!¹²

La exigüidad de las defensas polacas se hacía evidente en todos los ámbitos. El piloto de caza Franciszek Kornicki tuvo que despegar dos veces de urgencia los días 1 y 2 de septiembre. La primera, lo hizo a la zaga de un avión alemán que no tuvo la menor dificultad en dejarlo atrás, y la segunda, se le encasquillaron las armas y tuvo que desatascarlas, hacer un tonel y renovar el ataque. Entonces, al inclinarse el aparato, se rompieron las correas que lo sujetaban a la carlinga descubierta y salió disparado. No tuvo más remedio que abrir el paracaídas y descender al suelo de aquel modo tan deshonroso.¹³

A las cinco de la tarde, cerca del pueblo de Krojanty, los ulanos de la caballería polaca recibieron órdenes de efectuar un contraataque con el que prote-

ger la retirada de la infantería que combatía a su lado. Mientras formaban y desvainaban los sables, el capitán subalterno Godlewski propuso hacer a pie el avance.

—Joven —le respondió irritado el coronel Mastalerz, oficial al mando del regimiento—, sé muy bien qué es cumplir una orden imposible.

Agachados, tan pegados como les fue posible al cuello de sus caballos, aquellos doscientos cincuenta hombres cargaron a campo abierto, y aunque lograron hacer huir a los soldados de a pie alemanes que había en su camino, éstos tenían tras sí un grupo de vehículos blindados cuyas ametralladoras hicieron estragos entre los ulanos. Veintenas de cabalgaduras cayeron a tierra y otras se alejaron al galope sin jinete. Apenas hicieron falta unos minutos para dar muerte a la mitad de los atacantes, incluido el coronel Mastalerz. Los supervivientes retrocedieron sumidos en una gran confusión, convertidos en una sombra de lo que habían sido.

El alto mando francés había instado a los polacos a concentrar sus fuerzas detrás de los tres grandes ríos del centro de la ciudad; pero el gobierno de Varsovia juzgó más necesario defender toda la extensión de la frontera que compartía con Alemania —mil quinientos kilómetros—, entre otras cosas porque la mayor parte de la industria de la nación se hallaba en el oeste. Por lo tanto, hubo divisiones que tuvieron que hacerse cargo de frentes de hasta treinta kilómetros. El asalto alemán, emprendido a un tiempo desde el norte, el sur y el oeste, llevó a las fuerzas atacantes bien adentro del país frente a una resistencia muy poco eficaz, dejando focos aislados de defensores. Los aeroplanos de la Luftwaffe apoyaban de cerca a los carros de combate y, además, acometían incursiones devastadoras sobre Varsovia, Łódź, Dęblin, Sandomierz...

Aunque ametrallaban y bombardeaban a militares y paisanos con despiadada imparcialidad, a algunas de las víctimas les costó darse cuenta de la gravedad de la amenaza. Y así, después del primer aluvión de ataques, Virgilia, esposa de origen estadounidense del príncipe polaco Pablo Sapieha, dijo a los suyos:

—¿Veis? En el fondo, estas bombas no son tan peligrosas: ladran más que muerden.

Cuando cayeron dos de los proyectiles en el parque de la casa señorial que tenían los Smorzewski en Tarnogóra la noche del primero de septiembre, a Ralph y Mark, los dos varones más jóvenes de la familia, los sacó su madre de la cama para llevarlos, a la carrera, a una arboleda en la que se refugiaron junto con otros de edades similares. «Cuando nos recobramos del susto inicial —escribiría más tarde Ralph—, nos miramos y nos echamos a reír sin poder dominarnos. ¡Menuda facha teníamos! Un puñado variopinto de muchachos en pijama o con abrigo sobre los paños menores, de pie bajo los árboles sin nada que hacer más que jugar con las máscaras de gas. Decidimos volver a casa.»¹⁴

No hubo de pasar mucho tiempo para que se acallasen las risas y se viera obligado el pueblo polaco a reconocer el poderío devastador de la Luftwaffe.

«Me despertó el aullido de las sirenas y el fragor de las explosiones —escribió en Varsovia el diplomático Adam Kruczkiewitz—. Fuera vi aviones alemanes que volaban a una altitud tan baja que parecía increíble mientras lanzaban bombas a voluntad. En lo alto de algunos edificios había instaladas unas cuantas ametralladoras que disparaban de forma irregular; pero no se veían aviadores polacos ... La ciudad había quedado pasmada por la ausencia casi total de defensa aérea: sus habitantes se sentían amargamente defraudados.»¹⁵ El municipio de Łuck no tuvo mucha suerte: sobre él cayeron de madrugada docenas de bombas alemanas que mataron a veintenas de personas, en su mayoría niños que se dirigían a pie a la escuela. Las víctimas, impotentes, llamaban al firmamento sin nubes de aquellos días de septiembre «la maldición de Polonia». El piloto B. J. Solak escribió: «El aire que rodeaba a la ciudad se llenó del hedor de los incendios y el velo pardo del humo».¹⁶ Tras ocultar su aeroplano, desprovisto de armas, bajo unos árboles, regresaba en vehículo a su casa cuando topó, en la carretera, con un campesino que «tiraba de las riendas de un caballo con uno de los ijares convertido en una masa de sangre coagulada. Tenía la cabeza tan gacha que arrastraba los ollares por el suelo, y temblaba de dolor a cada paso». El joven aviador quiso saber adónde llevaba al animal, víctima de un bombardero en picado Stuka.

—A la ciudad, a que lo vea el veterinario.

—Pero ¡si quedan todavía seis kilómetros!

Y encogiéndose de hombros, le respondió el hombre:

—Es el único caballo que tengo.

Se desataron mil tragedias mayores que ésta. Mientras la batería de artillería a la que estaba adscrito el teniente Piotr Tarczyński avanzaba con estruendo hacia el campo de batalla, cayó sobre ella un grupo de Stuka. Todos los de la unidad saltaron de sus caballos y se lanzaron a tierra. Tras arrojar algunas bombas, que acabaron con unos cuantos hombres y diversos caballos, los aeroplanos volvieron a desaparecer y la batería emprendió de nuevo su marcha. «Vimos dos mujeres, una de mediana edad y otra que apenas era una niña, sosteniendo una escalera de mano sobre la que habían tendido a un herido que, aún con vida, se agarraba el abdomen. Al pasar a nuestro lado, pudimos observar que llevaba los intestinos a la rastra.»¹⁷ Władysław Anders había luchado con los rusos durante la primera guerra mundial, a las órdenes del general zarista conocido por el exótico apelativo de «Kan de Najicheván». En el momento que nos ocupa, hallándose al mando de una brigada de la caballería polaca, vio a un profesor que conducía a sus alumnos al abrigo que les proporcionaba el bosque. «De pronto, oímos el rugido de un aeroplano. El piloto descendió, describiendo círculos en el aire, a una altitud de cincuenta metros, y cuando lanzó las bombas que llevaba y descargó las ametralladoras, los niños echaron a correr como gorriones en desbandada. El atacante desapareció con la misma prontitud con que se había presentado, pero los bultos arrugados y sin vida de

ropa de colores que dejó desperdigados por el campo dejó bien claro cuál era la naturaleza de la guerra que acababa de estallar.»¹⁸

George Ślązak tenía trece años y viajaba con otros chiquillos a Łódź después de pasar unos días en un campamento de verano. De pronto oyeron explosiones y gritos, y el tren se detuvo en seco. El monitor del grupo les ordenó a voz en cuello que saliesen tan rápido como les fuera posible y echaran a correr hacia el bosque que se extendía en las inmediaciones. Aterrorizados, los muchachos pasaron media hora tumbados boca abajo hasta que cesó el bombardeo, y al salir de entre los árboles, a unos centenares de metros de donde estaban vieron sobre la vía un tren de transporte de tropas en llamas, que había sido el objetivo de los alemanes. Algunos rompieron a llorar ante la visión de soldados ensangrentados, y todos vieron frustrado su primer intento de regresar a su propio vehículo cuando regresaron los aparatos de la Luftwaffe y ametrallaron la zona. Al final, prosiguieron viaje en vagones sembrados de agujeros de bala. Al llegar a casa, George encontró a su madre deshecha en lágrimas junto a la radio de la familia, que acababa de informar de la incursión alemana.

El aviador Franciszek Kornicki fue a visitar a un camarada herido a cierto hospital de Łódź, «un lugar espantoso, lleno de heridos y moribundos postrados por todas partes, algunos en camas y otros sobre el suelo, en habitaciones y pasillos. Algunos lanzaban gemidos agónicos, en tanto que otros guardaban silencio con los ojos cerrados o abiertos de par en par, aguardando y sin perder la esperanza».¹⁹ El general Adrian Carton de Wiart, jefe de la misión militar británica en Polonia, escribió con amargura: «He visto demudarse el rostro de la guerra: en lugar de enviar soldados a los campos de batalla, ahora entierran en ellos a las mujeres y los niños».²⁰

El domingo 3 de septiembre, el Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania, en virtud de las garantías ofrecidas a Polonia. La alianza de Stalin con Hitler llevó a muchos comunistas europeos a distanciarse, en acto de sumisión a Moscú, de la postura contraria al nazismo que habían adoptado sus naciones. Las críticas de los sindicalistas a lo que habían tildado de «guerra imperialista» tuvieron gran influencia entre los trabajadores de no pocas fábricas, astilleros y minas de carbón francesas y británicas. En las calles aparecieron pintadas en las que se exigía: «Parad la guerra: quienes la pagan son los obreros», o «No a la guerra capitalista». El diputado del Partido Laborista Independiente, Aneurin Bevan, abanderado de la izquierda, supo guardar el bulto pidiendo que se luchara en dos frentes: uno contra Hitler y el otro contra el capitalismo británico.

Aunque en las capitales occidentales no se supo nada de los protocolos secretos del pacto entre nazis y soviéticos, en los que se demarcaban las pretensiones territoriales de cada uno de los firmantes, hasta que los desvelaron los archivos alemanes capturados en 1945, en septiembre de 1939 fueron muchos los ciudadanos de las naciones democráticas que tenían por enemiga tanto a la

Unión Soviética como a Alemania. Guy Crouchback, trasunto autobiográfico del novelista Evelyn Waugh, compartía con muchos conservadores de Europa la siguiente opinión: «la noticia que conmovió por igual a políticos y poetas jóvenes de una docena de capitales de estado [la del acuerdo entre los dos dictadores] trajo la paz a un corazón inglés ... Por fin se mostraba ante todos el enemigo, ingente, odioso y sin máscara alguna: la Era Moderna con las armas en la mano».²¹ Algunos políticos aspiraban a separar a la Unión Soviética de Alemania y conseguir así la ayuda de Stalin para derrotar a Hitler, a quien consideraban más peligroso. Sin embargo, hasta el mes de junio de 1941, semejante idea parecía remota, pues se entendía que ambos eran enemigos comunes de los países demócratas.

Hitler no contaba con la manifestación de hostilidades de británicos y franceses. Su aceptación de la toma de Checoslovaquia, en 1938, y la imposibilidad de socorrer de forma directa a Polonia lo convencieron de que no tenían ni las ganas ni los medios necesarios para detenerlo. Y aunque él se recobró enseguida de la impresión inicial que le produjo tal hecho, hubo entre sus acólitos quien se mostró muy preocupado. Uno de los que vieron flaquear su valor fue Hermann Goering, quien en conversación telefónica espetó a Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores: «¡Ea, ya has conseguido tu puta guerra! ¡La culpa es tuya y de nadie más!». Hitler se había afanado por crear una sociedad guerrera consagrada a la gloria marcial, y entre los jóvenes había gozado de gran éxito. Sin embargo, los que ya no lo eran tanto desplegaron en 1939 un entusiasmo mucho menor que en 1914, pues no habían olvidado los horrores del anterior conflicto ni su propia derrota. «Esta guerra resulta irreal hasta rayar en lo fantasmagórico —escribió el conde Helmuth von Moltke, oponente implacable del Führer—. El pueblo no la secunda ... [Se muestra] apático. Es como una danza macabra interpretada por actores desconocidos.»²²

William Shirer, corresponsal estadounidense de la CBS, aseveró lo siguiente desde la capital de Hitler el 3 de septiembre: «No se palpa ninguna emoción ... no hay vítores ni vivas desenfrenados. Nadie lanza flores ... El pueblo alemán que vemos esta noche tiene el gesto mucho más adusto que el de anoche o el de anteanoche».²³ Alexander Stahlberg pudo confirmar esta opinión cuando atravesaba Estetinia con su unidad de camino a la frontera polaca: «No queda nada del arrojío de agosto de 1914; ni aclamaciones, ni flores».²⁴ Ésta fue la explicación que dio el escritor austríaco Stefan Zweig: «Si no sentían lo mismo era porque el mundo de 1939 no era tan ingenuo e infantil ni tan crédulo como el de 1914... La fe casi religiosa que había profesado cada uno de los países de aquél a la honradez o, al menos, a la competencia de su gobierno había desaparecido de toda Europa».²⁵

Sin embargo, muchos alemanes se hicieron eco de los sentimientos de Fritz Muehlebach, un oficial del Partido Nazi: «Veo la intromisión de Inglate-

rra y Francia ... como una mera formalidad ... En cuanto se den cuenta de lo desesperada que es la resistencia polaca frente a la vasta superioridad de las armas alemanas empezarán a comprender que siempre estuvimos en lo cierto y que fue una tontería intervenir. Los asuntos por los cuales empezó esta guerra no son de su incumbencia. Si Polonia hubiera estado sola se hubiera entregado en silencio».²⁶

Las naciones aliadas tenían la esperanza de que el simple gesto de declarar la guerra pondría a Hitler «en evidencia», precipitaría su derrocamiento a manos de su propio pueblo y propiciaría un acuerdo de paz sin que mediase un enfrentamiento catastrófico en la Europa occidental. La respuesta que dieron el Reino Unido y Francia a la tragedia que se estaba desatando en Polonia estuvo dominada por el egoísmo. El general Maurice Gamelin, comandante en jefe de las fuerzas armadas francesas, había dicho en julio al británico: «nos interesa que el conflicto comience en el este y se generalice sólo poco a poco. Así dispondremos del tiempo necesario para movilizar el total de las fuerzas franco-británicas». Por su parte, el diputado del Partido Conservador del Reino Unido, Cuthbert Headlam, escribió irritado en su diario el 2 de septiembre que los polacos eran «los únicos culpables de lo que les ha venido encima».²⁷

En el Reino Unido, las sirenas antiaéreas que sonaron minutos después del comunicado radiofónico con que anunció la guerra el primer ministro Neville Chamberlain el 3 de septiembre despertaron emociones muy diversas. «Madre se ha puesto muy nerviosa —escribió J. R. Frier, estudiante londinense de diecinueve años—. Varias vecinas se han desmayado, y muchas han salido corriendo a la calle. Se han oído comentarios de toda clase: “Que nadie vaya a los refugios hasta oír los cañones”; “¡Si ni siquiera han echado al aire los globos todavía!”; “¡Si será cerdo! Tenía que haber mandado los aviones antes de que se agotara el tiempo”». Minutos después de que se diera la señal de que había pasado el peligro, «todo el mundo estaba ya en la puerta de su casa, parlotando con voz nerviosa, hablando otra vez de Hitler y las agitaciones de Alemania ... Lo más peculiar de cuanto se ha vivido hoy ha sido el deseo de que ocurriera algo: de ver aeroplanos llegar y actuar la defensa antiaérea. Yo no quiero ver bombas caer y gente morir, pero ya que estamos en guerra, tengo ganas de ver acción de una vez. Si no, a este paso, sólo Dios sabe hasta cuándo puede durar».²⁸

En las lejanas colonias de África, hubo jóvenes que se echaron al monte al oír que había estallado el conflicto, por temor a que sus gobernantes británicos los alistasen a la fuerza en el servicio civil tal como habían hecho durante la primera guerra mundial —y tal como, de hecho, harían después—. Cierta kikuyu llamado Josiah Mariuki dio testimonio de la existencia de «un rumor siniestro que afirmaba que Hitler iba a venir a matarnos a todos, lo que hizo a muchos dirigirse por miedo a los ríos y cavar hoyos en la ribera para esconderse de los soldados».²⁹ Aun que los mandamases de las fuerzas armadas británicas

reconocieron que éstas no estaban preparadas para entrar en combate, no faltaron entre los jóvenes soldados profesionales quienes se alegraran de la idea de entrar en acción y lograr así un ascenso. «La noticia se recibió con gran regocijo y alboroto —escribió John Lewis, perteneciente a los fusileros escoceses del Camerún—. Hitler era un personaje ridículo, y los noticiarios de la [productora] Pathé en los que se veía a los soldados alemanes desfilar con el paso de la oca provocaban carcajadas ... Habían demostrado ser insuperables atacando con bombarderos en picado los pueblos indefensos de España, pero poco más. En su mayoría, sus carros de combate no eran más que maquetas de cartón. Veinte años antes habíamos hecho morder el polvo a una Alemania mucho más poderosa. Éramos el mayor imperio del planeta.»³⁰

Pocos fueron tan clarividentes como David Fraser, teniente de la guardia de granaderos, quien observó con dureza: «La actitud mental que adoptaron los británicos respecto de las hostilidades se distinguió por dos de los errores más característicos de la nación: la pereza intelectual y la tendencia a dejarse llevar por ilusiones ... Quienes habitan países democráticos necesitan creer que el bien se opone al mal, y de ahí surge el espíritu de cruzada. Todo ello, unido al intento de crear una moral enérgica y alzar las pasiones ideológicas, tiende a anular el concepto frío de la guerra como ... extensión de la política que definió Clausewitz, como ejercicio dirigido a objetivos finitos y susceptibles de ser alcanzados».³¹

Entre los aviadores británicos hubo muchos que predijeron la suerte que podían correr. Así, el oficial Donald Davis escribió: «pasé con el coche por Wittenham Clumps y Chiltern Hills, lugares que tan bien conocía, y recuerdo que pensé que quizá a la vuelta de tres semanas estuviese muerto. Me detuve para contemplar la escena y sopesar unos minutos mi situación [y decidí que], de haber tenido que enfrentar las mismas decisiones, me habría resuelto igualmente a hacerme piloto y alistarme en la RAF si se me hubiera presentado la ocasión».³² Para los de su generación, fueran del país que fuesen, el privilegio de surcar los aires suponía una aspiración romántica de primer orden por la que muchos jóvenes estaban dispuestos a arriesgar la vida con gusto.

En el Palacio de Westminster, cierto ministro del gobierno dio muestras de una monumental soberbia al decir al embajador polaco: «¡Menuda suerte tienen ustedes! ¿Quién les iba a decir, hace seis meses, que iban a tener al Reino Unido de aliado?».³³ En Polonia, las noticias de la declaración de guerra de éste y de Francia causaron un brote de esperanza que fue a acrecentarse por los alardes retóricos de las naciones que acababan de unirse a su causa. Los varsovianos salieron a las calles para abrazarse, bailar, gritar y hacer sonar las bocinas de los automóviles. Ante la embajada británica de la avenida Ujazdów se congregó una multitud que, entre vítores, entonó, a su manera, el «Dios salve al rey». El embajador, sir Howard Kennard, salió al balcón para gritar: «¡Viva Polonia! ¡Vamos a luchar codo a codo contra la agresión y la injusticia!».

Estas escenas tumultuosas se repitieron en el edificio de la legación de Francia, en la que el gentío coreó la «Marsellesa» a voz en cuello. En Varsovia, aquella noche, un boletín del gobierno anunció en tono triunfante: «Las unidades de la caballería polaca han roto las líneas blindadas de los alemanes y se encuentran ahora en Prusia Oriental». En toda Europa hubo enemigos del nazismo dispuestos a abrazar ilusiones que no tardaron en hacerse añicos. El escritor rumano Mihail Sebastian tenía treinta y un años y era judío. El 4 de septiembre, después de oír que británicos y franceses habían hecho manifestación de hostilidades a Alemania, cometió la ingenuidad de sorprenderse de que no hubieran atacado de inmediato sus fronteras occidentales. «¿A qué estarán esperando? ¿Será posible que, como dicen algunos, Hitler caiga de un momento a otro y lo sustituya un gobierno militar dispuesto a aceptar la paz? ¿Podrán darse cambios radicales en Italia? ¿Qué va a hacer la Unión Soviética? ¿Qué va a pasar con el Eje, del que de pronto han dejado de hablar tanto Roma como Berlín? Se agolpan mil preguntas que lo dejan a uno sin aliento.»³⁴ En medio de la confusión que reinaba en su interior, Sebastian buscaba consuelo en la lectura de Dostoievski y de las obras originales de Thomas de Quincey.

El 7 de septiembre, se introdujeron con cautela en el estado alemán de Sarre diez divisiones francesas, que se detuvieron tras avanzar ocho kilómetros y cubrieron con esta acción el expediente de la ayuda a Polonia. El general Maurice Gamelin estaba persuadido de que esta última podía contener a la Wehrmacht de Hitler hasta que Francia lograra hacer avanzar su programa de rearme. Poco a poco, la población polaca fue comprendiendo que estaba condenada a sufrir a solas su agonía. Stefan Starzyński, antiguo combatiente de la legión de Piłsudski, había sido alcalde de Varsovia desde 1934 y gozaba de un gran ascendiente y de no poca fama por haber llenado de flores la capital. En el tiempo que nos ocupa, se dirigía a diario a sus conciudadanos por radio para denunciar con apasionamiento el salvajismo de los nazis. Reclutó cuadrillas de rescate, reunió a miles de voluntarios a fin de cavar trincheras y confortó a las víctimas de las bombas alemanas, que no tardaron en contarse por millares. Muchos de los varsovianos huyeron hacia el este, y los más ricos hubieron de deshacerse de sus automóviles, para los que no tenían combustible, al objeto de procurarse carros o bicicletas. Ephrahim Bleichman, judío de dieciséis años, observaba las largas columnas de refugiados de su misma fe que avanzaban penosamente a pie por la carretera procedente de Varsovia sin entender, dada su inocencia, el peligro particular que corrían, pues pese al antisemitismo de infausta memoria que imperaba en Polonia, «lo más violento que había experimentado hasta entonces habían sido insultos».³⁵

El primer factor que amenazó de veras el precipitado avance alemán fue el cansancio que empezó a hacer mella en sus soldados y sus monturas. El cabo Hornes vio que la suya tropezaba varias veces. «Llamé al oficial al mando de mi sección y le dije:

»—¡*Herzog* no puede más!

»Apenas había pronunciado estas palabras cuando el animalito cayó de rodillas. Habíamos recorrido setenta kilómetros el primer día y sesenta el segundo, y encima de todo, habíamos atravesado las montañas galopando con la avanzadilla... ¡En tres días habíamos hecho casi doscientos kilómetros sin descansar siquiera como está mandado! Hacía tiempo que había caído la tarde, y nosotros seguíamos marchando.»³⁶

Los horrores de la guerra relámpago se hacían cada vez mayores. Mientras en Radio Varsovia hacían sonar la polonesa marcial de Chopin, al bombardeo alemán de la capital fueron a sumarse los fuegos de un millar de cañones. De ellos salían treinta mil proyectiles diarios que redujeron a escombros los espléndidos edificios varsovianos. «Se acerca el hermoso otoño polaco —escribió en su diario el piloto de caza Miroslaw Ferić, aterrado ante lo sarcástico de la frase—. ¡Menuda hermosura!»³⁷ Sobre la ciudad se había extendido un manto de humo gris y de polvo, y el castillo real, el Teatro de la Ópera y el Nacional, la catedral y una veintena de edificios públicos, así como miles de hogares particulares, se hallaban en ruinas. Por todas partes, en parques y paseos, había cuerpos insepultos y sepulturas improvisadas. Se había cortado el suministro de alimentos, de agua y de electricidad, y el pavimento estaba alfombrado de cristales rotos, pues pocas eran las ventanas que habían quedado intactas. Llegado el 7 de septiembre, Varsovia y sus ciento veinte mil defensores habían quedado rodeados después de que el ejército polaco retrocediera en dirección este. Su jefe de estado mayor, el mariscal Edward Rydz-Śmigły, había huido de la capital con el resto del gobierno al día siguiente de estallar el conflicto, y el sistema militar de avituallamiento y de transmisiones se había venido abajo. Cracovia había caído sin apenas oponer resistencia el día 6, y Gdynia la seguiría el 13, por más que su base naval fuera a resistir una semana más.

El contraataque que emprendieron el día 10 ocho divisiones polacas a través del río Bzura, al este de Varsovia, entorpeció un tanto la ofensiva alemana y permitió hacer mil quinientos prisioneros. Kurt Meyer, integrante de la Leibstandarte de la SS, reconoció con cierta mezcla de admiración y arrogancia: «Los polacos atacan con una tenacidad tremenda, demostrando una vez y otra que saben morir». Contra lo que afirma la leyenda, las unidades montadas del ejército de Polonia sólo arremetieron en dos ocasiones contra los carros de combate alemanes. Uno de estos dos episodios se produjo la noche del 11 de septiembre, cuando cierto escuadrón se abalanzó al galope contra el pueblo de Kałuszyn, cuya ocupación defendía férreamente el invasor. De los 85 jinetes que atacaron sólo se replegaron 33. Los alemanes se servían de su propia caballería para labores de reconocimiento y para otros cometidos que exigían movilidad, más que para ningún género de ataque. La unidad del cabo Hornes, por ejemplo, avanzaba en columna precedida de dos soldados de a caballo, que «corrían al galope de una loma a la siguiente y nos hacían señas para que prosi-

guiésemos. Como precaución adicional, había jinetes destacados que recorrían las cadenas de colinas que nos flanqueaban. De pronto, vimos emerger de la espesa nube de polvo las siluetas desconocidas de caballos de escaso porte y gran agilidad que agitaban la cabeza al ser aguijados por ulanos polacos de uniforme caqui, que llevaban lanzas largas insertas en el cuero del estribo y con el otro extremo apoyado en un hombro. El resplandor de las puntas subía y bajaba al ritmo que marcaban los cascos de las monturas. En ese momento hicieron fuego nuestras ametralladoras.³⁸

La Wehrmacht estaba muchísimo mejor pertrechada que sus enemigos de armas y vehículos blindados. Polonia era un país pobre que apenas poseía seis mil camiones civiles y militares. Su presupuesto nacional era menor que el de la ciudad de Berlín. Dada la escasa calidad de los aviones polacos en comparación con los de la Luftwaffe y lo reducido de su número, no deja de ser digno de mención que la campaña se saldara con la pérdida de 560 aviones alemanes. La batería antiaérea del teniente Piotr Tarczyński fue víctima de un intenso bombardeo a poco más de un kilómetro del río Warta, y él, que se hallaba en misión de reconocimiento, se encontró con las comunicaciones telefónicas cortadas, y los hombres a los que envió a revisar las líneas no regresaron. Así, sin ni siquiera haber podido dar las indicaciones pertinentes para que su unidad efectuase un solo disparo, se vio rodeado de soldados de la infantería alemana que lo hicieron preso. Como muchos de cuantos compartieron su suerte, hizo lo posible por congraciarse con sus captores. «Sólo se me ocurre comparar mi situación con la de alguien que, de pronto, se encuentre ante un grupo de extranjeros influyentes de los que dependa por entero su existencia. Sé que debería sentir vergüenza de mí mismo.»³⁹ Mientras lo conducían al lugar en que habrían de recluirlo, pasó al lado de varios soldados polacos muertos, y de forma instintiva, alzó la mano para saludarlos a todos.

En medio de la rabia popular que profesaban a quienes habían invadido su patria, se dieron escenas de violencia tumultuosa que difícilmente pudieron honrar a la causa polaca. Desde principios del mes de septiembre se produjeron detenciones multitudinarias de gentes de origen germánico, por suponer que formaban parte de la quinta columna, o podían hacerlo en un futuro. En Bydgoszcz, durante el «domingo sangriento» del 3 de septiembre, se llevó a cabo la matanza de un millar de paisanos alemanes de los que se decía que habían disparado a soldados de Polonia. Algunos historiadores de la Alemania de nuestros días aseguran que durante la campaña se acabó con la vida de trece mil germanos étnicos, en su mayoría inocentes, y aunque la cifra real es, casi con certeza, mucho menor, lo cierto es que su muerte brindó a los nazis un pretexto inmejorable para cometer toda clase de atrocidades sistemáticas contra los polacos, y en particular contra los judíos, desde los días posteriores a la invasión. Hitler dijo a sus generales en su retiro de Obersalzberg: «A Gengis Kan no le tembló el pulso para hacer matar a millones de mujeres y de hombres porque le

vino en gana, y la historia lo recuerda sólo como creador de un gran imperio ... y yo he enviado a mis unidades del Totenkopf al este con la orden de acabar sin piedad con hombres, mujeres y niños de raza o lengua polaca. Sólo así vamos a poder hacernos con el *Lebensraum* [“espacio vital”] que necesitamos».

Cuando la Wehrmacht entró en Łódź, a George Ślązak, que contaba trece años, lo sorprendió ver a algunas mujeres lanzar flores a los soldados y ofrecerles dulces y tabaco, y a niños pequeños exclamando: «Heil, Hitler!». Perplejo, escribió: «compañeros míos de clase ondeaban banderas con la cruz gamada». Aunque quienes recibían con tanta cordialidad al invasor habían nacido en Polonia, en aquel momento no dudaron en alardear de su ascendencia alemana.⁴⁰ Goebbels lanzó una sonora campaña propagandística destinada a convencer a su propio pueblo de que la suya era una causa justa. El 2 de septiembre, el *Völkischer Beobachter* anunció la invasión con dos líneas de letras titulares rojas con el siguiente texto: «El Führer proclama la lucha por los derechos y la seguridad de Alemania»; y el día 6, el *Berliner Lokal-Anzeiger* afirmaba: «Atroz brutalidad de los polacos. Aviadores alemanes fusilados. Columnas de la Cruz Roja aniquiladas. Enfermeras asesinadas». Unos días después, el *Deutsche Allgemeine Zeitung* encabezaba su edición con el siguiente título: «Los polacos bombardean Varsovia». «La artillería polaca situada en el sector oriental de la ciudad —aseveraba más abajo— ha hecho fuego con proyectiles de todo calibre contra nuestras tropas, ubicadas en el occidental.» La agencia de noticias tildaba a la resistencia polaca de «insensata y descabellada».

Los más de los jóvenes alemanes, alumnos del sistema educativo nazi, aceptaron sin vacilar la lectura de los acontecimientos que les ofrecieron sus dirigentes. «El avance de los ejércitos se ha convertido en una marcha incontenible hacia la victoria», escribió cierto cadete de la Luftwaffe de veinte años. «Con la liberación de los aterrados residentes germanos del Pasillo Polaco se producen escenas muy emotivas. Nuestros ejércitos están sacando a la luz atrocidades espantosas y crímenes que contravienen todas las leyes de la humanidad. Cerca de Bromberg y Thorn han descubierto fosas comunes en las que yacían miles de alemanes asesinados por los comunistas de Polonia.»⁴¹

El 17 de septiembre, fecha en la que daban por supuesto los polacos que emprendería Francia la ofensiva que había prometido lanzar en el frente occidental, fue la Unión Soviética la que acometió su propio asalto brutal, destinado a garantizar que Stalin no se quedaba sin su parte del botín de Hitler. Stefan Kurylak, polaco ucraniano de trece años, habitaba en una aldea tranquila cercana a la frontera soviética. Las tropas de Polonia en retirada atravesaron la polvorienta calle principal del lugar en un chorreo de soldados a pie y a caballo. «¡Corran! —los urgían algunos a voz en cuello—. ¡Corran, buenas gentes! ¡Escóndanse donde puedan, porque los rusos no tienen piedad! ¡Dense prisa, que vienen!»⁴² Poco después, el adolescente vio irrumpir con estruendo en la aldea los carros de combate soviéticos. A un niño que se puso en su camino, presa del

miedo y la confusión, lo abatieron sin más de un disparo, y Kurylak no dudó en refugiarse en el silo en que guardaba las patatas su familia.

Viacheslav Molótov, ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, hizo saber al embajador de Polonia en Moscú que, dado que la República polaca había dejado de existir, el Ejército Rojo había tenido que intervenir al objeto de «proteger a los ciudadanos soviéticos de las regiones occidentales de Bielorrusia y Ucrania». Y lo cierto es que, aunque Hitler había dado su consentimiento a la anexión de Polonia oriental por parte de Stalin, la irrupción soviética cogió por sorpresa a los alemanes, y también a los polacos. Tal como escribió afligido el mariscal Rydz-Śmigły, si el Ejército Rojo atacaba la retaguardia, la resistencia estaba abocada a tornarse en poco más que «una manifestación armada frente a una partición más de Polonia». El alto mando de la Wehrmacht, buscando evitar a toda costa choques accidentales con los soviéticos, creó una línea de demarcación determinada por los ríos San, Vístula y Narew, e hizo retirarse a todas las fuerzas que hubiesen avanzado más allá de ella.

Hitler tenía la esperanza de que la intervención de Stalin llevaría a los Aliados a declarar la guerra, y de hecho, en Londres se produjeron, durante un período breve, no pocos debates acerca de si el compromiso del Reino Unido con Polonia exigía hacer frente a un segundo enemigo. En el gabinete de guerra, sólo abogaron por la necesidad de prepararse ante semejante eventualidad Churchill y el ministro de Guerra, Leslie Hore-Belisha. El embajador en Moscú, sir William Seeds, envió un cablegrama en los siguientes términos: «No creo que un conflicto armado con la Unión Soviética pueda suponernos ningún beneficio, aunque, en lo personal, me encantaría declarársela a Molótov». El primer ministro, Neville Chamberlain, no pudo menos de sentirse aliviado cuando el ministro de Asuntos Exteriores notificó que las garantías ofrecidas por el gobierno a Polonia concernían sólo a la agresión alemana. En consecuencia, aunque se deshizo en ásperos ataques retóricos a Stalin, el Reino Unido no llegó a plantearse en serio un enfrentamiento bélico formal, y también los franceses se limitaron a expresar su indignación. Días después, al precio insignificante de cuatro mil bajas, los soviéticos habían ocupado doscientos mil kilómetros cuadrados de territorio, incluidas las ciudades de Lwów y Vilna. La Unión Soviética se convirtió así en estado protector de cinco millones de polacos, cuatro y medio de ucranianos étnicos, uno de bielorrusos y uno de judíos.

Los varsovianos, famélicos, seguían aferrados a la esperanza de que recibirían ayuda de Occidente. Uno de los paisanos encargados de patrullar la capital durante las incursiones aéreas comentó a un conocido: «Tú ya sabes cómo son los británicos: tardan en decidirse; pero está claro que vienen». ⁴³ Millones de polacos pasaron de la perplejidad inicial a un estado de paulatina indignación ante la pasividad de sus supuestas naciones amigas. Cierta oficial de caballería escribió: «Nos preguntábamos qué estaba pasando en Occidente, que ni fran-

ceses ni británicos daban principio a su ofensiva. No lográbamos entender por qué estaban tardando tanto en acudir en nuestra ayuda». ⁴⁴ El 20 de septiembre, el embajador de Polonia en Londres emitió el siguiente mensaje a su pueblo: «¡Compatriotas! Tened por seguro que vuestro sacrificio no es baldío, y que aquí se sienten en lo más hondo su significación y su elocuencia ... Nuestros aliados están congregando ya sus ejércitos ... Llegará un día en que los estandartes de la victoria ... regresen de tierras extranjeras a Polonia». Aun así, el mismo conde Raczyński sabía, tal como reconocería más tarde, que sus palabras eran «poco más que una ficción poética. ¿Dónde estaban esos ejércitos de los Aliados?» ⁴⁵

En París, el embajador Juliusz Łukasiewicz mantuvo una acre conversación con Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores francés.

—¡No está bien! —le dijo—. ¡Sabe usted que no está nada bien! Un pacto es un pacto, y hay que respetarlo. ¿Se da cuenta de que cada hora que difieren el



ataque a Alemania comporta ... la muerte de miles de hombres, mujeres y niños polacos?

Bonnet se encogió de hombros para responder:

—¿Y qué quiere, que aniquilen también a las mujeres y los niños de París?⁴⁶

La corresponsal estadounidense Janet Flanner escribió desde la capital francesa: «Se diría, de hecho, que aún se está haciendo todo lo posible por retrasar la guerra, por impedir que estalle con toda su fuerza. Y estos empeños los están haciendo gobernantes que, pensando tal vez en sí mismos, se muestran remisos a pasar a la historia por haber ordenado efectuar los primeros disparos enardecedores, o son fruto de la reflexión general de diversas poblaciones imbuidas por un estado de ánimo tan valeroso como confuso. Desde luego, ésta debe de ser la primera guerra en la que hay millones de personas de uno y otro lado convencidas de que puede evitarse aun después de haberse declarado de forma oficial».⁴⁷

Los franceses no tenían la menor intención de lanzar la ofensiva de consideración contra la Línea Sigfrido a que los había instado Winston Churchill, y menos aún de provocar a Alemania bombardeando su suelo. También el gobierno británico declinó mandar a la RAF atacar sus objetivos terrestres. El diputado conservador Leo Amery escribió el siguiente comentario desdeñoso del primer ministro Neville Chamberlain: «Odiaba la guerra con toda su alma, y estaba resuelto a hacerla en la menor medida que le fuera posible».⁴⁸ Cierta editorial del *Times* de Londres llevó a los lectores polacos a pensar que el diario se estaba burlando de la situación que estaba atravesando su pueblo. «En medio de la agonía que sufre su nación martirizada —decía—, los polacos tienen motivo para consolarse, en cierta medida, sabiendo que cuentan con la solidaridad, y de hecho con la admiración, no sólo de sus aliados de la Europa occidental, sino también de todos los pueblos civilizados del planeta.»

En ocasiones se ha sostenido que la de mediados de septiembre de 1939 fue una fecha inmejorable para que los Aliados lanzasen la ofensiva sobre el frente occidental, dado que el grueso del ejército alemán estaba luchando en Polonia. Sin embargo, Francia estaba aún menos preparada en lo psicológico que en lo militar para emprender semejante acción, y las fuerzas expedicionarias británicas, todavía de camino hacia el continente, tampoco podían hacer gran cosa por ayudar. Lo más probable es que los alemanes hubiesen rechazado cualquier ataque sin apenas interrumpir las operaciones que estaban llevando a cabo en el este, y lo cierto es que la desidia de los gobiernos aliados no era sino un reflejo de la voluntad de sus pueblos. Pam Ashford, secretaria de Glasgow, escribió en su diario el 7 de septiembre: «Casi todos piensan que la guerra habrá acabado antes de tres meses ... Muchos mantienen que, una vez aplastada Polonia, no tendrá mucho sentido seguir con el conflicto».⁴⁹

Polonia tenía que haber previsto la pasividad con que afrontarían su invasión los Aliados, y sin embargo, resulta impresionante el cinismo de que dieron

muestra éstos. El historiador moderno Andrzej Suchcitz ha escrito al respecto: «El gobierno polaco y las autoridades militares se habían visto traicionados, engañados, por sus socios occidentales, que no pensaban ofrecer a Polonia ninguna ayuda militar eficaz». Mientras Varsovia se enfrentaba a su suerte, Stefan Starzyński declaró por la radio: «El destino nos ha puesto sobre los hombros el deber de defender el honor de Polonia». Más tarde, un poeta polaco celebraría el desafío de su alcalde en términos por demás emotivos:

Y cuando la ciudad no era ya más que una masa roja e informe,
dijo: «No voy a rendirme». ¡Que ardan las casas!
¡Que hagan cascotes las bombas todos mis logros!
¿Y qué si de mis sueños se alza un sepulcro?
Si venís algún día, recordaréis
que hay cosas más preciosas que la muralla mejor construida en torno a una ciudad.⁵⁰

Tocaba a su fin la tercera semana de la campaña cuando cayó la resistencia polaca. Si los alemanes no ocuparon la capital fue porque tenían la intención de destruirla por entero antes de hacerse dueños de sus ruinas. Así, prosiguieron sin clemencia sus bombardeos hora tras hora, día tras día. La enfermera Jadwiga Sosnkowska hizo la siguiente descripción de las escenas que se produjeron el día 25 en el hospital de las afueras en el que trabajaba:

La procesión de heridos que llegaban de la ciudad era un desfile interminable de muerte. No había luz, y los médicos y las enfermeras teníamos que ir de un lado a otro con velas en la mano. Como estaban destruidos tanto los quirófanos como los puestos de socorro, los atendimos en la sala de conferencias o sobre mesas de pino comunes, y la falta de agua nos impedía esterilizar el instrumental como era debido y nos obligaba a limpiarlo, sin más, con alcohol ... Cuando colocaban sobre una mesa los restos de lo que había sido un ser humano, el cirujano trataba en vano de salvar las vidas que se le escurrían entre las manos ... Vivíamos una tragedia tras otra. Una de las víctimas era una chiquilla de dieciséis años. Tenía una mata de pelo rubio hermosísima, la cara delicada como un pimpollo y unos ojos lindísimos de color azul zafiro anegados en lágrimas. Llevaba las piernas destrozadas hasta la rodilla, convertidas en una masa sanguinolenta en la que resultaba imposible distinguir el hueso de la carne. Había que amputárselas las dos por encima de la articulación. Antes de que comenzase a operar el cirujano, me incliné sobre aquella criatura inocente para besarle la frente desvaída y posar una mano impotente en su cabecita de oro. Murió en silencio en el curso de la mañana, como una flor arrancada por una mano cruel.⁵¹

Raras veces pueden permitirse los soldados profesionales dejarse arrastrar por el sentimentalismo en lo que respecta a los horrores de la guerra, y, sin em-

bargo, es justo que la posteridad se horrorice ante la complacencia que desplegaron los caudillos alemanes tanto ante el carácter de su dirigente nacional como ante la aventura homicida en la que accedieron a ejercer de cómplices suyos. Aunque al general Erich von Manstein se le considera, por lo común, el jefe militar germano más sobresaliente de la segunda guerra mundial, y tras la llegada de la paz se jactó de haberse conducido en ella como un verdadero oficial y caballero, en lo que escribió durante la campaña polaca y también después de ésta se trasluce la falta de sensibilidad propia de los de su condición. De entrada, se mostró encantado con la invasión: «Se trata de una decisión acertadísima del Führer en vista de la actitud que han mantenido hasta la fecha las potencias occidentales. Su oferta de resolución de la cuestión polaca ha sido tan amable que, si de veras querían la paz, el Reino Unido y Francia debían haber instado a Polonia a aceptarla». Poco después del comienzo de la empresa, Von Manstein visitó a una unidad que él mismo había comandado poco antes: «Me emocionó la alegría con que me recibió el estado mayor al verme aparecer de improviso ... Cranz [su sucesor] me dijo que era un placer acaudillar en el campo de batalla a una división tan bien adiestrada».

En una carta que envió a su esposa, describió en estos términos sus quehaceres cotidianos durante la campaña, en la que sirvió en calidad de jefe de estado mayor de Von Rundstedt: «Me levanto a las 6.30, me lanzo al agua [para nadar y estoy] en mi despacho a las 7.00. Informes matutinos, un café y a trabajar o a trasladarme con R[undstedt]. Al mediodía, cocina de campaña; luego, media hora de descanso, y por la noche, después de la cena, que compartimos, igual que el almuerzo, con los oficiales del estado mayor general, llegan los informes vespertinos. Y así hasta las 23.30».⁵² No puede ser mayor el contraste entre la serenidad del cuartel general del ejército y la colosal tragedia humana que habían provocado sus operaciones. El propio Von Manstein firmó la orden de que las fuerzas alemanas que cercaban Varsovia abatiesen a cualquier refugiado que tratara de huir de la capital, pues se daba por sentado que sería más sencillo culminar la invasión con rapidez y evitar combatir en las calles si se impedía a la población escapar al bombardeo. Aun así, era un hombre tan remilgado que, muchas veces, se veía impelido a abandonar la sala en la que estaba hablando Von Rundstedt por considerar insufrible el lenguaje procaz de su superior. El 25 de septiembre disfrutó de la visita de felicitación de Hitler. «Ha sido maravilloso —escribió a su mujer— ver el regocijo de los soldados por dondequiera que pasaba el vehículo del Führer.»⁵³ En 1939, en el cuerpo de oficiales de la Wehrmacht se hacía ya evidente la decadencia moral que iba a caracterizar su conducta hasta 1945.

Klemens Rudnicki, oficial de la caballería polaca, describió los padecimientos que hubieron de sufrir los integrantes de su regimiento y sus adoradas cabalgaduras en Varsovia el 27 de aquel mes, víspera de la caída de la ciudad. «Las llamas, rojas y relucientes —escribió—, iluminaban a nuestros caballos,

que de pie ante la muralla del parque Łazienki, callados e inmóviles, semejaban esqueletos con montura. Algunos yacían sin vida y otros sangraban por heridas enormes y abiertas. *Cenzor*, el de Kowalski, seguía respirando, aunque en el suelo y con las tripas arrancadas. No hacía mucho que había ganado la copa del concurso militar celebrado en Tarnopol. Estábamos orgullosísimos de él. Un disparo en el oído puso fin a su sufrimiento. Lo más probable es que al día siguiente alguien desesperado por matar el hambre se llevara parte del lomo.»⁵⁴

Varsovia capituló el 28 de septiembre. El joven Krysk, capitán del III.^{er} escuadrón de Rudnicki, declaró de un modo conmovedor que rechazaba la orden: «Mañana por la mañana tenemos intención de cargar contra el alemán a fin de ser fieles a la tradición de que el IX.^o regimiento de lanceros no se rinde.»⁵⁵ Rudnicki logró disuadirlo. Juntos, los oficiales del regimiento ocultaron su estandarte en la iglesia de San Antonio de la calle Senatorska, el único edificio que quedaba intacto en medio de varias hectáreas de escombros. Rudnicki no pudo menos de afligirse al pensar que el ejército polaco debía haber tomado las medidas necesarias para sostener una acción defensiva prolongada en lugar de organizar una línea avanzada que el enemigo iba a quebrar con total seguridad. Tal cosa, sin embargo, habría ido «en contra de nuestra aspiración natural, de nuestras tradiciones militares y nuestras esperanzas de llegar a ser una gran potencia.»⁵⁶

El día 29 se entregó Modlin, población cercana a la capital en la que los invasores hicieron treinta mil prisioneros. La resistencia organizada fue extinguiéndose, y de hecho, la península de Hel cayó el primero de octubre. La última batalla de que se tiene constancia se libró en Kock, al norte de Lublin, el día 5. Los atacantes apresaron a cientos de miles de soldados, número mucho menor que el de cuantos trataron de huir. El joven piloto B. J. Solak se estremeció al ver a un coronel de las fuerzas aéreas sentado tras un árbol con el rostro empapado en lágrimas. Felicks Lachman se encontraba entre los muchos polacos que recordaron su lectura reciente de *Lo que el viento se llevó*. «Pese a la desolación que reinaba en la hacienda de Tara, Scarlett O'Hara no duda en atravesar fuego y agua para llegar al lugar al que sabía que pertenecía. Nosotros habíamos dejado atrás para siempre a los hombres y las cosas que conformaban el entorno social, intelectual y emocional de nuestras vidas, y andábamos sin rumbo en medio del vacío.»⁵⁷ Después de una incursión aérea a la ciudad de Krzemieniec, Adam Kruczkiewitz vio en la calle a un judío de edad avanzada sumido en un estado de completa agitación, «de pie ante el cadáver de su esposa ... y maldiciendo y blasfemando a voz en cuello; gritando: “¡Dios no existe! ¡Los únicos dioses verdaderos son Hitler y las bombas! ¡Ya no quedan gracia ni piedad en el mundo!”».⁵⁸

Un puñado de unidades de caballería polacas consiguió escapar a Hungría y entregar allí sus armas. En los barracones del III.^{er} regimiento de húsares, los fugitivos se emocionaron ante el recibimiento que les brindaron los oficiales de

la unidad, encabezados por el anciano coronel Von Pongratsch y ataviados con el uniforme de gala. Días después, cuando los polacos abandonaron el lugar para dirigirse a su cautiverio, aquel veterano de largos bigotes los abrazó uno por uno en señal de despedida. Ellos agradecieron dicha etiqueta, más propia del pasado, que había desaparecido por entero del universo inmisericorde en que estaban condenados a vivir los más de los habitantes de Polonia.

El general Władysław Anders condujo a su unidad, extenuada y muy mermada, hacia el este a fin de alejarla de los alemanes. Los hombres cantaban mientras espoleaban sus demacradas monturas en medio de una multitud de refugiados y combatientes rezagados. Cuando toparon con el Ejército Rojo, Anders envió a un oficial de enlace a su cuartel general para rogar paso franco a la frontera húngara. Al militar polaco lo despojaron de cuanto poseía y lo amenazaron con ejecutarlo, y los cañones soviéticos comenzaron a bombardear las posiciones de sus fuerzas. Anders dio instrucciones a sus soldados de dividirse en grupos pequeños y tratar de llegar a Hungría por sus propios medios. Él mismo fue capturado, herido de gravedad, junto con otros muchos, y un oficial soviético dijo en tono arrogante: «Nos hemos hecho muy amigos de los alemanes. Ahora luchamos juntos contra el capitalismo internacional. Polonia trabajaba para el Reino Unido, y por eso tenía que morir».⁵⁹

Regina Łempicka se contaba entre los cientos de miles de polacos que fueron arrestados por los soviéticos de manera arbitraria en los meses siguientes para ser trasladados a Kazajistán. Su abuela y su sobrina recién nacida murieron de hambre durante su exilio, y a su hermano lo fusilaron por ser militar. La experiencia de su familia en manos de los estalinistas fue, tal como describiría más tarde, «una pesadilla espantosa». Mientras los guardias del Ejército Rojo hacían marchar a un grupo de soldados polacos sobre un puente fronterizo, uno de los prisioneros dijo en tono desolado: «Estamos entrando en la Unión Soviética, y de aquí no vamos a salir jamás».⁶⁰ Tadeusz Żukowski escribió: «En aquel momento nos dio la impresión de haber entrado en un mundo diferente por completo: el cielo, la tierra y las gentes eran distintos. Era una sensación extraña, como si estallase algo dentro de uno, como si lo hubiese abandonado la vida para sumirlo, de pronto, en una cueva oscura, una galería subterránea negra como la pez».⁶¹

Un millón y medio aproximado de polacos, conformado en su mayoría por paisanos desahuciados de sus hogares de la región oriental del país, comenzaron en el curso de los meses siguientes un suplicio de cautiverio y hambre a manos de los soviéticos en el que dejaron la vida unos trescientos cincuenta mil de ellos. Muchas de estas familias habían perdido a todos sus integrantes varones, ajusticiados sin muchos miramientos. El 5 de marzo de 1940, Lavrenti Beria, jefe de seguridad de la Unión Soviética, envió a Stalin un memorando de cuatro páginas en el que proponía la eliminación de oficiales superiores polacos y otras personas consideradas dirigentes de su sociedad. A su decir, con

cuantos se hallaban reclusos en campos de concentración soviéticos cumplía usar «el castigo más extremo: la muerte por fusilamiento». Stalin y otros de los miembros de su Politburó aprobaron formalmente la recomendación de decapitar Polonia. Durante las semanas que siguieron, los ejecutores del NKVD acabaron con la vida de más de veinticinco mil polacos en varias prisiones soviéticas, en todos los casos con una sola bala en la nuca. A continuación, hicieron enterrar los cadáveres en fosas comunes cavadas en los bosques que rodeaban la localidad de Katyń, al oeste de Smolensk, en Minsk y en otras ubicaciones. Los nazis tuvieron ocasión de regodearse al descubrir, en 1943, la mayor de todas.

Las acusaciones que habrían de verterse más tarde sobre los procesos por crímenes de guerra que entablarían los Aliados después de 1945, por considerarlos una muestra patente de «justicia de los vencedores», están corroboradas, entre otros hechos, por el de que jamás se llegase a encausar a ningún soviético por las matanzas de Katyń. En octubre de 1939, uno de los polacos sometidos a interrogatorio por el NKVD preguntó en tono acibarado:

—¿Cómo es posible que un estado progresista y democrático como la Unión Soviética tenga trato de amistad con la Alemania reaccionaria de los nazis?

Su inquisidor le respondió con frialdad:

—Te equivocas: en este momento tenemos la consigna de mantenernos neutrales en el enfrentamiento entre el Reino Unido y Alemania. Que se desangren entre ellos, que así será mayor nuestro poder. Luego, cuando hayan agotado sus fuerzas, emergeremos nosotros convertidos en el partido vigoroso y nuevo que decidirá el último estadio de la guerra.⁶²

Cuesta imaginar una imagen más cabal de las aspiraciones de Stalin.

Durante la visita que hizo a la capital polaca el 5 de octubre, Hitler señaló las ruinas y declaró a los corresponsales extranjeros que lo acompañaban: «Caballeros, ya han visto ustedes que tratar de defender esta ciudad ha sido una locura de proporciones criminales ... Sólo espero que los hombres de estado que parecen tener la intención de convertir toda Europa en una segunda Varsovia hayan tenido, como ustedes, la oportunidad de contemplar lo que significa de verdad estar en guerra».⁶³ A su alcalde, Starzyński, lo recluyeron en Dachau, en donde le quitarían la vida cuatro años después. El ejército polaco había sufrido setenta mil bajas por muerte y ciento cuarenta mil por heridas, en tanto que los miles de caídos del paisanaje resultan incontables. Las bajas del ejército alemán fueron de dieciséis mil muertos y treinta mil heridos. Los soldados polacos apresados por Hitler en aquella ocasión ascienden a setecientos mil. En Londres se erigió un gobierno en el exilio sin que mediase comicio alguno.

El general sir Edmund Ironside, jefe del estado mayor general del Reino Unido, se reunió con Adrian Carton de Wiart al regreso de éste de Varsovia y le encajó con desdén:

—¡Parece que sus polacos no han hecho gran cosa!

Semejante reacción fue evidente reflejo de la frustración de las esperanzas que albergaban británicos y franceses de que el ejército de Polonia infligiese a la Wehrmacht el daño suficiente para librar a los suyos de la necesidad de hacerlo.

—Aún está por ver, excelencia —respondió su interlocutor—, qué es lo que hacen otros.⁶⁴

Un número considerable de polacos optó por el exilio, por separarse de todo cuanto conocían y amaban, a fin de proseguir su lucha contra Hitler. Unos ciento cincuenta mil se dirigieron al oeste, a menudo tras odiseas memorables. El suyo fue el éxodo voluntario más ingente de los que se producirían en las naciones invadidas por Alemania, y dio fe de la determinación de aquel pueblo para defender su causa. Los que se exiliaron a países occidentales tuvieron ocasión de sorprenderse ante la calurosa bienvenida que se les brindó en la Italia fascista, en la que todo un gentío los recibió al grito de: *Bravo, Polonia!*

Antes de abandonar el campo de aviación al que estaba adscrito, el instructor Witold Urbanowicz regaló su radio y sus camisas de seda a la señora de la limpieza de la base, y su traje de etiqueta al portero, antes de subir con sus cadetes al autobús que lo llevaría a Rumanía. Poco menos de un año más tarde, a los mandos de un caza Hurricane, se convertiría en uno de los ases más destacados de la RAF. En 1940 llegaron al Reino Unido unos treinta mil polacos, de los cuales una tercera parte pertenecía al cuerpo de aviadores y al personal de tierra, y aún quedaban más por refugiarse en suelo británico. Uno de ellos lo hizo aferrado a una hélice de madera, símbolo del que no había consentido en separarse durante un viaje de cinco mil kilómetros. También fueron muchos quienes sentaron plaza en el ejército británico en tierras orientales, tras ser liberados, por fin, de los centros penales de Stalin, y todos contribuyeron de forma mucho más notable a la empresa bélica aliada que el Reino Unido a la suya.

Polonia fue la única de las naciones ocupadas por Hitler en la que no se dio colaboración alguna entre conquistadores e invadidos. Desde que se apoderaron de ella, los nazis clasificaron a sus ciudadanos como esclavos, y recibieron en pago el odio implacable de todos ellos. La princesa Sofía Sapieha estaba cruzando la frontera en busca de una seguridad precaria junto con una multitud de refugiados cuando le preguntó su hija de escasa edad:

—¿Y en Rumanía va a haber bombas?

—Se acabaron las bombas —le respondió ella—. Aquí no hay guerra: vamos a un lugar soleado en el que los niños pueden jugar cada vez que les plazca. La pequeña insistió:

—Pero ¿cuándo vamos a volver con papá?

A esto la madre no pudo dar contestación. Poco después, apenas quedaría un solo rincón de Europa en que pudieran sentirse a salvo niños ni adultos.

Si Hitler había resuelto conquistar Polonia, lo cierto es que, como otras muchas veces, no tenía nada claro que iba a hacer a continuación. De hecho,

sólo decidió anexarse su región occidental cuando quedó fuera de toda duda que Stalin veía con buenos ojos la extinción del país. Antes de la guerra, los nazis gustaban de desdeñar Polonia por considerarla un *Saisonstaat*, o «estado temporal», y a su parecer, había llegado el momento de que dejara de ser nada semejante a un estado. El Führer, en consecuencia, se erigió en dueño y señor de un territorio habitado por quince millones de polacos, dos millones de judíos, un millón de gentes de origen germano y dos millones de personas pertenecientes a otras minorías. Entre sus características comunes más sobresalientes se contaba el odio reflexivo que profesaban a todo aquel que se opusiera a su voluntad. Este rasgo no iba a tardar en obrar en perjuicio de todos los habitantes de Polonia y en particular, por supuesto, de los judíos. Szmulek Goldberg regresaba a casa del trabajo cierto día, poco después del comienzo de la ocupación, cuando topó con que el caos se había enseñoreado de las calles de Łódź. «La gente corría desesperada en todas direcciones, y un desconocido se detuvo para agarrarme por la manga y decirme a voz en cuello: “¡Corra! ¡Corra! Los alemanes están arrestando a los judíos a punta de pistola para llevárselos en camiones”.» Y en efecto, vio pasar vehículos cargados de detenidos: la primera manifestación de los designios que abrigaba Hitler respecto de los de su raza.⁶⁵ Durante las primeras semanas de la conquista de Polonia, miles de sus ciudadanos judíos fueron asesinados.

En el Reino Unido, una madre de familia llamada Tilly Rice, evacuada de Londres a un puerto pesquero sito al norte de Cornualles, escribió el 7 de octubre, acabada la campaña de Polonia: «En la casa en la que nos han acogido se han ido acogiendo las noticias con un silencio cargado de perplejidad ... La guerra continúa, aunque sólo como algo distante que repercute de forma ocasional en la vida general de nuestro entorno ... Mis propias reacciones respecto de la situación en conjunto son de una indiferencia cada vez mayor».⁶⁶ El Reino Unido y Francia habían declarado la guerra a Alemania al objeto de salvar Polonia, y dado que ésta había caído y sus representantes habían sufrido expulsión del consejo de guerra supremo de los Aliados, muchos políticos de una y otra nación se preguntaban con qué fin se seguía manteniendo la empresa bélica y cómo era posible llevarla a término de un modo eficaz. Joseph Kennedy, embajador estadounidense en Londres, se encogió de hombros ante el representante de la legación polaca mientras le preguntaba: «¿Y dónde diablos pueden enfrentarse los Aliados a Alemania y derrotarla?».⁶⁷ Pese a la condición de anglófobo declarado, complaciente y derrotista del diplomático que tal cuestión formulaba, lo cierto es que ésta no dejaba de herir en lo más vivo, y que los gobiernos aliados no tenían respuesta alguna al respecto: tras la rendición de Polonia, el mundo aguardaba desconcertado a descubrir qué podía ocurrir a continuación. Y dado que ni Francia ni el Reino Unido deseaban tomar la iniciativa, el curso ulterior de la guerra dependía del antojo de Adolf Hitler.

